

ALGUNAS CONSIDERACIONES DEL PSICOANÁLISIS SOBRE EL TEMA DEL CUERPO

JOSÉ EDUARDO TAPPAN

“Si mi piel no me contiene ¿lo podrá hacer la tuya?”

El psicoanálisis nace directamente de la crítica a los modelos médicos decimonónicos, que apostaban por una perspectiva ingenua o parcial en la que la biología, la química y la física gobernaban todas las funciones somáticas. De tal suerte que cuando se encontraba algún tipo de perturbación o enfermedad de la que no podía dar cuenta la medicina, los científicos de la época miraban al paciente como un timador, un simulador, alguien que simplemente estaba manipulando. Jean-Martin Charcot, psiquiatra francés, hizo un importante hallazgo al demostrar que fenómenos acaecidos y vividos como traumáticos podían ser responsables de un gran número de enfermedades, con lo que algo de una naturaleza no biológica podía intervenir de manera significativa en lo somático. Como quiera que sea, demostró que existían casos de histeria masculina, trastocando las concepciones psiquiátricas de su tiempo, alejándose con estas teorías del tipo de explicaciones maniqueas sustentadas en un determinismo orgánico unívoco, y como efecto de sus observaciones clínicas incluyó como etiología de algunas clases de síntomas un influjo perturbador de lo mental sobre lo cerebral. Las aproximaciones que realizaba el psicoanálisis para abordar el cuerpo tuvieron que ser creativas y críticas, abandonando y cuestionando las cómodas certezas de ese momento, tanto más porque muchas de las consideraciones médicas gozaban de un amplio consenso, en cuanto eran prejuicios socialmente convenientes. Freud, al preguntarse sobre la naturaleza de los traumas, comprendió rápidamente que éstos no eran fenómenos universales que pudiesen ser vividos de la misma manera por cada

individuo; de hecho, mostraba la relación que existía entre el fenómeno traumático y la subjetividad que le daba ese estatuto. Así, lo relevante era el modo en que fuese vivido, la cuestión era cómo un mismo evento de carácter catastrófico podía obtener el atributo de traumático únicamente para unas personas y para otras no; la particularidad de la persona intervenía de manera esencial. Bajo estas consideraciones, Freud estudió el proceso de constitución de la experiencia traumática, descubriendo el importante papel de la palabra y su relación con los síntomas físicos, tales como parálisis faciales, cegueras, imposibilidades motoras, etc. Las llamó conversiones. Con estos casos clínicos mostró la interdependencia de la *psique* con el *soma*, además de la importancia de las palabras en la constitución del psiquismo.

“[...] tratamiento psíquico es lo mismo que tratamiento del alma. Podrá creerse entonces, que por tal se entiende tratamiento de los fenómenos patológicos de la vida anímica. Pero no es este el significado de la expresión. Tratamiento psíquico quiere decir, más bien, tratamiento desde el alma –ya sea de perturbaciones anímicas y corporales– como un recurso que de manera primaria e inmediata influyen sobre lo anímico del hombre. Un recurso de esa índole es sobre todo la palabra, y las palabras son, en efecto, el instrumento esencial del tratamiento anímico.” (Freud [1890] 1982:I-115)

Apareció entonces una propuesta para el tratamiento y el procedimiento clínico que pensaba las cosas atendiendo a otros aspectos que los privilegiados por el modelo médico vigente en ese período, tratándose de una práctica que generó un marco explicativo inédito para la historia, llevando el nombre de psicoanálisis. En el cual se pretendía trabajar perturbaciones tanto de orden psíquico como somático mediante la palabra del paciente, fungiendo ésta como protagonista que, por lo demás, había sido ignorada por la historia. Desde ahora, el decir del paciente tenía una enorme importancia, los relatos establecidos, las relaciones inconscientes entre los diferentes aspectos de su vida, incluso aquellos estimados sin importancia; empero, bajo el primado del determinismo psíquico cada persona tenía una responsabilidad, las enfermedades y los síntomas no eran efecto de la casualidad, eran en la mayoría de ellos consecuencias de formas poco adecuadas de vivir y enfrentar los problemas de la vida. Ya no eran los médicos los dueños de la palabra, los sufrientes debían encontrar mecanismos para hablar y descubrir su participación consciente o inconsciente en el anidamiento y crecimiento de su “enfermedad”.

Desde aquí se trata de una palabra anudada al cuerpo, un recurso en que el aparato del lenguaje, como Freud lo llamó en su trabajo sobre *las afasias*, comandaba tanto las funciones psíquicas como las corporales. El cuerpo fue comprendido como un campo simbólico, en el que la palabra podía significar la diferencia entre salud y enfermedad, entre la vida y la muerte.

Freud, para salirse del cauce seguro de las explicaciones de sus contemporáneos, dirigió su atención a casos como los siguientes. “La señora Cäcile sufría, entre otras

cosas de una violentísima neuralgia facial que emergía de repente dos o tres veces al año, le duraba de cinco a diez días, desafiaba cualquier terapia y después cesaba como si la hubieran amputado” (Freud [1893] 1982:II-189). La parálisis en la cara de una enferma que trataba Freud, sólo después de un largo trabajo analítico, pudo dar cuenta de que se trataba de una conversión histérica: “Cuando intenté convocar la escena traumática, la enferma se vio trasladada a una época de gran susceptibilidad anímica hacia su marido; contó sobre una plática que tuvo con él, sobre una observación que él le hizo y que ella concibió como una grave afrenta; luego se tomó de pronto la mejilla, gritó de dolor y dijo: ‘Para mí eso fue como una bofetada’. Pero con ello tocaron a su fin el dolor y el ataque.” (Freud [1893] 1982:II-190-191). Esa fue la clave de que esa frase se anidara en el cuerpo, únicamente después de descubrirla pierde el poder que tenía desde su operación clandestina.

Elisabeth von R., de 24 años, era “una joven dama que desde hacía más de dos años padecía dolores en las piernas y caminaba mal” (Freud [1893] 1982: II-151). En el trabajo clínico relató varios eventos descubiertos posteriormente que se encontraban relacionados con sus dolores en las piernas sin que ella fuera consciente de ello, los primeros recuerdos eran del cuidado que realizaba a su padre enfermo, y cómo en algunas de las curaciones colocaba el pie de su padre sobre la parte interna del muslo, exactamente en el área en que hoy se encontraba la dolencia. En una ocasión en que la música de una fiesta en el pueblo llegaba hasta la casa, el propio padre le pidió que saliera y se divertiera. Sin embargo, al regresar se encuentra con la noticia de que el padre enfermó fuertemente mientras ella se divertía. El reproche fue muy grande, al que se agregó el asunto de que se encontraba enamorada del marido de su hermana, la cual muere y ella queda postrada sin poder moverse. En el análisis con Freud, descubre que su parálisis y dificultad para caminar obedecía a una frase que se decía: “no puedo dar un paso en dirección a mi cuñado”, mientras que las áreas en las que había descansado el pie del padre quedaron marcadas con el dolor, por la recriminación que se hacía de haber salido a divertirse. Únicamente hablando de aquello que pudiese ser considerado trivial o nimio sin un registro de su significación por la memoria pudo descubrir los mecanismos inconscientes que había desplazado desde la conciencia por parecerle perturbadores y que no hallaron un camino de salida más que en el cuerpo, entendido como continuidad con el espacio psíquico de lo dicho y lo silenciado, permaneciendo como una parte de lo inconsciente.

Evidentemente, los casos clínicos resumidos se esquematizan, con lo que pierden la fuerza argumentativa que tienen en su versión original. Sin embargo, queda claro el continente donde el cuerpo participa continuamente en las representaciones y símbolos de nuestra subjetividad, pues en el plano de su materialidad simbólica existe un continuo entre psique y cuerpo. En otras palabras, “la eficacia simbólica” lograda con procedimientos rituales, por ejemplo para disminuir la ansiedad y el dolor en el parto, muestra para Lévi-Strauss las características de estas ligas entre la cultura, lo psíquico

y lo somático, encontrando su poder simbólico en el estatuto de la creencia popular y en el poder del chamán.

Freud opone el concepto de la anatomía “del sastre” con el de la anatomía médica, mostrando que en muchos casos ciertas dolencias pueden ser mejor explicadas por el talante en que las personas representan su propio cuerpo, y el modo en que los padecimientos se comportan con base a estas referencias culturales o personales —a la relación que se establece de lo público y lo privado en el espacio del cuerpo—, las cuales son diferentes a las de la anatomía o la fisiología, por ejemplo, con las parálisis en “ele” en las que los soldados de la Primera Guerra Mundial, se quedaban trabados en inclinación y no podían enderezarse, inutilizándolos para el servicio activo, o las parálisis en “guante” que impedían a toda la mano moverse, circunstancia que no obedece a las leyes de la anatomía y de la fisiología y sí, en cambio, a las leyes simbólicas. Como diría Savater (2004), somos “animales simbólicos” y, en consecuencia, toda traza ontologizable debe ser rastreada en la esfera de la subjetividad.

Me parece importante subrayar el hecho de que el organismo, bajo esta propuesta, no es el soporte o el lugar en donde se realiza la colonización por la palabra, no es un algo “preexistente” a lo simbólico que ha de cubrirse por una trama simbólica, no podemos pensar en un antecedente no simbólico de lo simbólico. El organismo es lo que se pierde al aparecer el cuerpo erógeno, es decir, en la simbolización, aquello que no es atrapado por este proceso, lo que escapa o es residuo de lo simbólico, que se pierde para este registro y resulta inaccesible para éste; no es que desaparezca del universo, permanece, pero como un efecto residual y existe como una suerte de lo que la termodinámica llama un efecto entrópico de la operación de lo simbólico. En esta dirección, lo que permanecería bajo lo que podemos llamar “el reino de lo puramente biológico” es una condición que se infiere *a posteriori* de la simbolización, se imagina como si hubiera una condición previa, *a priori*, se piensa que ha de existir antes, pero es una producción que hubo que tuvo que crear en “lo biológico” como algo de naturaleza no simbólica, como excluido por ésta, como algo inaccesible a la simbolización al que Lacan llamó el registro de lo Real. En rigor, lo Real surge directamente e inmediatamente a la simbolización, como consecuencia necesaria.

El desarrollo de la teoría psicoanalítica se dio de forma accidentada, prácticamente subsanando los problemas teóricos encontrados en el camino de los descubrimientos clínicos. En este sentido, para entender las dificultades que le planteaban cada nuevo desafío, Freud opta por reconsiderar de forma vigorosa sus propios planteamientos.

Es bajo esta problemática que Lacan introduce la noción de sujeto —\$, sujeto barrado—, más allá del tradicional “ello”, “yo” y “super yo” o de lo inconsciente, el pre-consciente y el consciente, el sujeto entendido como el paso del individuo al dividido, al lugar de la falta como condición necesaria y actuante para la subjetividad. La construcción teórica surge de la dilucidación de cómo la madre al nacer su hijo alcanza, de algún modo, la completud. Freud subraya la importancia que tiene el lugar del

hijo jugándose como el falo imaginario de la madre, como un algo perteneciente a su cuerpo simbólico, como una prótesis o una pieza que la completa. La operación para la constitución del psiquismo es que debe ser separado, la madre debe ser castrada, solamente frente al corte del hijo como un apéndice del cuerpo de la madre tendrá posibilidades el hijo de “ser”, tendrá la opción de abandonar su lugar de objeto para optar por el de sujeto, algo más que el falo imaginario de la madre. El cuerpo entonces excede los límites de la piel, en este caso prolongándose en el hijo. Empero, de no haber corte, al faltar la falta fundante puede estructurarse subjetivamente como psicótico. Lo que opera como corte es que exista en la madre un deseo otro distinto al de su hijo, ya que este cuerpo entendido como completo, sin falta, es lo que podríamos llamar el cuerpo primario que intuyen las mitologías presentándolo como el andrógino, aquel ser completo para los dioses, incapaz de reproducirse, de hacer algo, ya que está totalmente autorreferido, autocontenido, no hay un afuera de sí mismo, no existe nada que sea suficientemente importante para sacarlo de su solipsismo. Para que el sujeto se constituya es condición necesaria el corte, dejar de ser eso que completa a la madre. Además, es necesario que se someta y mantenga una sujeción a la cadena significativa que, ya que en tanto tal, presupone la falta, precisando se encuentre el sujeto sujetado al deseo del Otro por un más allá de sí mismo.

La estructuración del sujeto se realiza, por lo tanto, en una operación lógica, en donde no tiene propiamente un cuerpo “propio”. Freud intentó comprender este fenómeno pero fue Lacan quien lo desarrolló más tarde y más concretamente Leclair (1978), quien dirige su atención a considerar que los niños al nacer por su condición de prematuración requieren de la existencia de otro, quien ha de generar las condiciones mínimas para garantizar su existencia: alimentación, cuidados, etc. Pero también necesitan de un cuerpo que, a manera de tela de pintor, sea cubierta por trazos simbólicos repletos de afecto, en la que cada caligrafía se presenta en las distintas cualidades de expresar y contagiar el cariño, los besos, el rechazo, las caricias, la mirada, etc. De tal suerte que este proceso se llama: “erogenización”, y consiste en escribir un cuerpo, inscribiendo “letras erógenas” en él, marcas de diferencia. Como por ejemplo, cuando la madre toca los hoyuelos de las mejillas del hijo mientras es amamantado, esas letras quedarán ahí grabadas con todo el poder que fuese experimentado en aquel momento, permaneciendo con sus montos de afecto, aquello que como letras erógenas, preñadas de sus circunstancias —entendidas como significancias, propone Lacan—, se imprimen en el cuerpo, generando una discontinuidad con “el estado de naturaleza”. Es necesario inscribir al sujeto —en este caso el hijo— como deseante, a partir del deseo del Otro, su cuerpo será posible entonces únicamente en el campo de lo simbólico, es una comarca de inscripciones, de letras erógenas.

Georges Bataille señalaba un hecho semejante, al proponer también el erotismo como el acto de inscribir la vida a partir de un orden de discontinuidad, introducido por el “no”, por el interdicto, entendiendo la vida como la vida humana, no como el

mero acto de supervivencia animal, tomando aquello que como diferencia cualifica a lo humano, lo que se desagrega de lo instintivo y aparece como pulsional y como simbólico, es decir, que se sustrae como proceso de desnaturalización del cachorro, transformándolo en una creación, una criatura, para quien el plano de lo natural y lo espontáneo se pierde, perteneciendo ahora su majestad el bebé al reino de la cultura. Sin embargo, para que este proceso se realice es necesario incluir al cuerpo como la parte sensible del aparato psíquico, la que se encuentra vinculando, por un lado, a la percepción y por la otra, a la motilidad; pero se trata de un cuerpo y de un psiquismo que se están constituyendo, aún no hay una imagen del cuerpo, no *ex/iste* no *in/siste* el “yo”, la identidad aún no aparece.

Decimos que la arquitectura del psiquismo adviene antes que el cuerpo, por lo que en estricto sentido el sujeto se constituye sin cuerpo, y será en el “estadio del espejo” en el cual advendrá el yo *–moi–*, que además resulta esencial para comprender el registro de lo Imaginario en Lacan. Se propone como un tiempo mítico en el que el narcisismo que surge hace que el sujeto se abisme y ahogue en su propia imagen, y por su condición estructurante es llamada “la imago del cuerpo propio”. En este sentido, entendemos que antes de tener esta imagen que integra al sujeto: el pecho de la madre, la mano de la madre, la suya, en realidad no son ni propias ni de la madre, no hay un “yo” que permita que se juegue la identidad y la pertenencia, esto es mío, esto otro es tuyo, etc. No hay aún ni el orden de la mismidad ni de la otredad; es decir, al no existir el “yo” no puede haber algo que le sea propio, será posteriormente –un tiempo lógico y no cronológico–, con “el estadio del espejo” como mecanismo creador del “yo”, que la imagen del niño, que *–insisto–* no podrá identificar como propia de manera inmediata, sino que primero identificará en el espacio del espejo a un otro, no tendrá conciencia de que se trata de sí mismo y, por lo tanto, de su propia imagen. Fenómeno que ha sido documentado con chimpancés, para quienes la primera presencia de su imagen reflejada en el espejo es la de otro simio amenazante; el chimpancé tardará algún tiempo en descubrir que se trata de sí mismo, entonces pierde todo el interés y se marcha. Lo opuesto le sucede al sujeto cuando descubre que ese que se encuentra frente a él es su imagen, se sonríe, sonrisa que Lacan llama anticipatoria, porque es ya un rasgo, una marca que le permite al sujeto habitar ese cuerpo, ser ese otro que es él mismo. Así, una vez con la imagen de unidad del cuerpo, será sólo entonces cuando aparecerá, *a posteriori*, la fragmentación del cuerpo como algo que antecedió a esta unidad, amenazando desde su “desorganización” esta unidad del cuerpo entendida como parámetro de todo, como ilusión de coherencia, de consistencia y de orden, orientando las trazas en que se construye la realidad, concebida como procesos de catexis, denominados así por Freud –constitución simbólica dotada de afectos de la realidad Imaginaria. En cuanto se habita el cuerpo ha de tomarse como modelo, y a partir de los mecanismos proyectivos se dirige sobre el mundo y las leyes que lo gobiernan. La cultura y la realidad creadas son, para decirlo

en otras palabras, “antropomórficas” y “antropocéntricas”. Pero este mecanismo toma al cuerpo erógeno ya como una unidad, que habitará el “yo”, el sujeto frente a la imagen del cuerpo en el espejo dirá: ese otro de la imagen soy “yo”, con lo que el soporte de la construcción del cuerpo como unidad y su integración con la subjetividad es la base de lo que llamamos sentido. Como quiera, se trata de una integridad y unidad Imaginaria que no se quebranta fácilmente, como lo que explica el ejemplo del síndrome llamado “miembro fantasma”, en el que una extremidad, ya sea pierna o brazo amputados, por la concepción que tenemos de la unidad del cuerpo, no es aceptada esta pérdida y puede producir comezón o un fuerte dolor en el dedo de la mano fantasma o inexistente. Igualmente, el “yo” es independiente al cuerpo. El “yo” no envejece, se las arregla para que su imagen que se refleja en el espejo, aun cuando la piel se arruga, la cabeza pierde el pelo, el pelo encanece, de cualquier modo hallarán al “yo” corrigiendo, obsérvenlo, ya que éste de manera espontánea en la calle, se olvida de la nueva imagen y surge el “yo”, que ha sido relativamente el mismo de siempre en la dimensión Imaginaria. El cuerpo declina, el “yo” no.

Desde el psicoanálisis, el cuerpo debe ser abordado a partir de ese ternario del que hemos hablado a lo largo del presente ensayo: Simbólico, Real e Imaginario, registros totalmente distintos unos de los otros, encontrándose en un lazo que los articula bajo una interdependencia, se trata de una alianza borromeica, ya que si uno de los registros se desenlaza, los otros dos no pueden mantenerse unidos, y se separan los tres. Esta alianza es el resultado de la tensión ejercida simultáneamente por cada uno de los tres registros.

La propuesta freudiana continuó avanzando y descubrió a partir “del desarrollo psicosexual” que el cuerpo erógeno se extiende más allá de sus perímetros dérmicos, más allá de la piel, donde algunos objetos son como partes del cuerpo o incluso más, la ropa, los encajes, el dinero, los amuletos, etc. Hay objetos que mantienen un vínculo indisoluble con el cuerpo como lo fueron en la infancia las heces, la suciedad del cuerpo, el cabello, las uñas, cualesquiera de éstos de los que no era fácil desprenderse, representan formas, extensiones y prolongaciones del cuerpo. En este período del desarrollo psicosexual, cuando el infante comienza el control de esfínteres, convierte el acto de la defecación en un asunto simbólico, por lo que sus excrecencias son un regalo para la madre; aún no se les ha dado ese sentido peyorativo, degradante y asqueroso que es efecto de la circulación de estas referencias en el ámbito social. Para Freud, el período fálico concluye este desarrollo psicosexual, cuando el pene y el clítoris entran en escena y comienzan a ganar importancia. Antes de este período, la diferencia sexual en realidad no era un asunto que preocupara al infante, poco a poco, el pene aparece como signifiante de la diferencia sexual, como aquello que se tiene o no y que representa la posibilidad de construcción del género. Es precisamente en este sentido que la propuesta freudiana “de la envidia del pene” debe ser leída, y no como un atavismo misógino, en la medida en que el pene se transforma en el signifiante

de la diferencia sexual, la cual se apuntala en los genitales. No obstante, baste por el momento decir que, por ejemplo, a partir del mecanismo psíquico de la desmentida, ahí donde no aparece el pene el psiquismo hace que se muestre; mediante este mecanismo, la presencia en el plano de lo imaginario del representante de la diferencia sexual no significa que el portador es hombre, ya que el género es efecto del significante, entendido en su despliegue dialéctico, únicamente alcanza una dimensión de representar la diferencia cuando otros significantes han entrado en juego. Es decir: es necesario que entre este significante en un orden de requerimientos lógicos para que pueda tener un papel importante representando la diferencia sexual y, con ella la inscripción de la sexualidad y de la sexuación.

Vemos entonces que el cuerpo se extiende más allá de sus límites en la piel y puede incluir un conjunto de objetos. En su propuesta *El fetichismo* de 1927, Freud considera que éste se origina como una manera de resolver el horror del niño ante la castración materna, entendida como la falta de ese significante de la diferencia sexual. Sin él, sin este significante, el niño, ¿cómo establece las referencias?, ¿cómo representa y como se inscribe dentro de la diferencia sexual? por lo que aparece un tipo de posicionamiento subjetivo cuando no se puede hacer cargo de esa falta, y que para ello la explicación que construye gravita en el orden de: “lo sé pero aun así”, la madre no tiene el pene (Σ) (falo real, en cuanto objeto, “apéndice”), que entra en el mundo de las representaciones como (Φ), y para que la operación de lo sé, pero aun así hago como que lo tiene, operación que lleva el nombre de renegación o desmentida de esa falta. El fetichismo es el objeto sobre el que recae el efecto de esta desmentida, con el que se reemplaza la falta y encuentra en el objeto fetiche el sustituto simbólico del pene faltante, por lo que se hace indispensable para la persona este objeto para alcanzar la completud imaginaria y devenga un medio de pacificar su angustia. Lacan, en el seminario sobre *las relaciones de objeto* de 1956-57, agregará que el objeto fetiche representará la dimensión Simbólica de la desmentida de ese significante que representa la diferencia sexual, mientras que el objeto fóbico sería la dimensión Imaginaria de ese mismo significante.

La idea que el psicoanálisis tiene del cuerpo no obedece a los criterios más comunes que lo relacionan con lo biológico, comenzando en los órganos internos y terminando con la dermis. No todo lo que se encuentra en el organismo (dimensión biológica) estará contenido en el cuerpo erógeno, ni existe una correspondencia de la fisiología con “la anatomía del sastre”. Hallarán, por ejemplo, que al decir me duele el corazón puede ser o no un dolor en el miocardio, traduciéndolo en cualquiera de esos casos en un infarto o en una tristeza. Psiquismo, cuerpo, sexualidad y poder se entrecruzan como un trenzado de múltiples interacciones e interdependencias, desplegándose en algo que podría ser una banda de *moebius*, que nos permite comprender cómo la exterioridad y la interioridad se disuelven una en otra. Exterioridad e interioridad no existen separadas más que en una limitada y pobre dimensión “local”,

estructuralmente, por el contrario, una se relaciona con la otra. En otro plano de análisis, es necesario dirigir nuestra atención a que el cuerpo es constituido, a partir de un corte mítico, de una separación de un cuerpo originario y arcaico, operación que se llama en términos psicoanalíticos “castración”, que es la que posibilita “ser un eso” (Δ), que desde la subjetividad de la madre la completa, “un falo imaginario para ella” (Φ). Únicamente con esta condición comprendida como necesaria y fundante, en la que el hijo deja de ser el falo (Imaginario de la madre), que es además el significante representante de la diferencia sexual en el plano de lo Simbólico, a partir del cual el sujeto puede acceder y vincularse al lenguaje, habitarlo y dejarse morar por él. Que permite entender al cuerpo a partir del ternario lacaniano: lo Imaginario, lo Simbólico y lo Real (en el que lo Real es entendido como heterología, es decir, como resultado y no como causa de la acción de lo Simbólico y lo Imaginario).

Sin embargo, en esta operación subjetiva frente a la castración, la manera de posicionarse frente al significante de la falta, de la pérdida, de la castración ($-\Phi$), es que el sometimiento se traslada al orden del lenguaje con referencia al falo simbólico (Φ), del que únicamente se puede escapar en algunos instantes, como arrebatos, pero no es una posibilidad para todos, únicamente para algunos, por ejemplo en la creación artística, que escapa explícitamente a sus referencias, a los lazos y consensos sociales sostenidos a partir del falo simbólico.

Finalmente comprendemos que el cuerpo puede extenderse a los objetos fétiches o fóbicos, a partir de los cuales se hace jugar en ellos el peso de la subjetividad para mantener un cierto grado de integración frente a la falta como condición angustiante y constitutiva, de la que la estructura perversa es efecto porque la reniega, la psicótica porque la forcluye y la neurótica porque la reprime. Lo que propondría *stricto sensu* tres maneras universales de posicionarse del cuerpo determinadas por las tres estructuras psíquicas: no es el mismo cuerpo el del psicótico, el del neurótico ni el del perverso; son cuerpos distintos, en cada caso la metáfora y la metonimia circulan de diferente manera.

Sólo resta recordar que el presente trabajo es un recorrido incompleto, en el que se quiso mostrar la manera en que la piel no es el límite exterior del cuerpo, ya que se extiende en toda la comarca en que reina nuestro psiquismo. El cuerpo no puede ser otro que el comprendido desde el ternario Real, Simbólico, Imaginario. Es a través del cual habla el malestar, nos dice lo que hemos querido callar, el cuerpo es un testigo que no permite olvidar. Se trata de un cuerpo atravesado por la ley, sujetado a una cadena significativa, un cuerpo deseante, inscrito por el deseo del Otro, por su mirada. El sujeto surge como consecuencia de la renuncia a ser una prótesis del cuerpo Simbólico del Otro, el de la madre, a ser un “falo” para ella, a jugar el papel de ser eso que le falta a ella, eso que obtura la representación de la falta. La falta que estructura al hijo y no por ello es menos amenazante, por lo que busca un objeto para no enfrentarla, ya sea para que la angustia devenga en fobia en un objeto Imaginario, o

bien, en transformarse en objeto fetiche cuando se traslada el plano de la completud a la dimensión Simbólica; objetos que son de alguna manera una parte del cuerpo. También se ha mostrado cómo desde la perspectiva psicoanalítica, el cuerpo es un objeto más como tantos otros, investido por la libido como el resto de los objetos que constituyen nuestra realidad psíquica, sólo que al ser uno de los primeros, tiene un peso arquitectural; el mundo no será más que una extensión del cuerpo, no será más que el efecto de un mecanismo proyectivo “antropomórfico”, todo es constituido y representado a imagen y semejanza de nosotros.

La aproximación al cuerpo bajo la mirada del psicoanálisis solo es posible desplegando muchos planos de manera simultánea que nos permiten, a su vez, seguir las diferentes maneras en que la subjetividad, el cuerpo y el mundo tejen y destejen complejas relaciones. Espero sobre todo que este artículo sirva para dejar claro que para el psicoanálisis, el problema que se desprende de dar cuenta del cuerpo es mucho más complejo que el que pretende ubicarlo con las coordenadas “cuerpo-alma”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BATAILLE, G. (1992) *El erotismo*. Barcelona: Tusquets.
- FREUD, S. (1890) “Tratamiento psíquico” en *Obras completas*, Vol. I, 111-132. Buenos Aires: Amorrortu, 1982.
- _____ (1893) “Historiales clínicos” en *Obras completas*, Vol. II, 45-194. Buenos Aires: Amorrortu, 1982.
- _____ (1927) “El fetichismo” en *Obras completas*, Vol. XXI. Buenos Aires: Amorrortu, 1982.
- LACAN, J. (1994) *Seminario IV. Las relaciones de objeto*. Buenos Aires: Paidós.
- _____ (1985) *Escritos*, Vol. I y II. México: Siglo XXI.
- LECLAIR, S. (1978) *Psicoanalizar*. México: Siglo XXI.
- SAVATER, F. (2004) *Las preguntas de la vida*. Barcelona: Ariel.